

LA COMPAÑÍA DE MARÍA



PRESENTACIÓN

En 1713 Luis María Grignon de Montfort tenía 40 años. Hacía quince llevaba en su corazón una idea, un proyecto del que informó a su director espiritual en la C 5: “Siento grandes anhelos de hacer amar a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, de correr en forma pobre y sencilla a dar el catecismo a los pobres del campo, y de excitar a los pecadores a la devoción de la Santísima Virgen. No soy digno de empleo tan honorífico; pero, ante las necesidades de la Iglesia, no puedo menos de pedir continuamente con gemidos una pequeña y pobre compañía de sacerdotes ejemplares que desempeñen este ministerio bajo el estandarte y la protección de la Santísima Virgen”.

Ante la duda de ir a las misiones extranjeras o dedicarse a las misiones populares en Francia, “decía en San Sulpicio a los eclesiásticos que vivían con él: “¿Qué hacemos aquí, queridos amigos? ¿Por qué somos obreros inútiles, mientras tantas almas se pierden en el Japón y en Las Indias por falta de predicadores y catequistas que les enseñen las verdades necesarias para su salvación?”

En 1708 decía a su colaborador el Señor des Bastières: “Fui expresamente a Roma para pedir a nuestro Santo Padre el Papa permiso para ir a los países extranjeros como misionero entre los

bárbaros y los infieles, esperando encontrar entre ellos ocasión favorable de verter mi sangre por la gloria de Jesucristo, que por mí derramó toda su sangre. El Santo Padre me rehusó esta gracia de la cual yo no era digno”: Grandet.

Durante casi veinte años Montfort intercede, clama, suplica al Padre, interpela a la Santísima Trinidad en su coloquio íntimo a lo largo de los interminables kilómetros que recorre, siempre en presencia de Dios; no deja jamás de recomendar esta intención, de someter este proyecto, de “importunar” al Señor con sus ayunos y mortificaciones, igual que en sus súplicas, para que el Señor se digne escucharlo según los designios de su divina misericordia, “por su gloria” y “para renovar la Iglesia”.

Los textos siguientes forman una *trilogía* o *tríptico*, es decir un escrito cuyo objetivo es el mismo en tres cuadros o partes que especifican diversas facetas del mismo. El tema único es, pues, la *Compañía de María*. Sus facetas son la *Súplica Ardiente* para pedir misioneros; *Reglas de los Misioneros de la Compañía de María* y *Alocución A los Asociados de la Compañía de María*. Las tres piezas están en el mismo manuscrito, original auténtico de San Luis María, cuyo objetivo es pedir, organizar y animar una pequeña congregación misionera dedicada a continuar la obra apostólica con que soñó su fundador, que le encomendó el Papa Clemente XI para la renovación de la Iglesia y que pedían los signos de los tiempos y los designios de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El manuscrito original se conserva en los Archivos de la casa General de los Misioneros de la Compañía de María, en Roma.

Ya en la Carta 5, Luis María recién ordenado sacerdote expresa su preocupación por la fundación de una pequeña compañía misionera. En la primavera de 1703 llegó a un acuerdo con su amigo Claudio Poullart des Places que se proponía fundar un seminario para formar misioneros y le promete: “Si Dios me concede la gracia de tener éxito, Ud, puede contar con misioneros. Yo se los preparo y Ud. los pone a trabajar”. Poullart murió prematuramente en 1709, pero el acuerdo entre Luis María y el seminario

del Espíritu Santo se mantiene en pie; por eso en junio de 1713 Montfort “comunicó su plan a los sucesores del difunto y les leyó el reglamento que había escrito para aquellos alumnos suyos, y otros que quisieran unirse a él con igual propósito”: Besnard.

Tales reglamentos serían pues la Regla de vida de los misioneros, terminada para la fecha. La desaparición de las dos primeras páginas de la Súplica Ardiente y la última frase inacabada de la Alocución dejan algunos interrogantes menores sobre el manuscrito: fechas exactas, posibles omisiones iniciales o finales..., pero no alteran la autenticidad del conjunto.

El *Tríptico* es una espléndida sinfonía espiritual que expresa en tres movimientos la visión profética de Montfort y la realización concreta de su sueño:

1. Visión profética y súplica expectante a la Santísima Trinidad.
2. Realización gradual pero inacabada, igual que la experiencia del fundador.
3. Abandono amoroso al “Padre que nunca falla”, al constatar la realidad y las dificultades concretas.

PRIMER MOVIMIENTO: LA SÚPLICA ARDIENTE

1. Visión de eternidad: Dios Sólo; Súplica y espera (1-5).
2. El Hijo, Sabiduría eterna, se encarna en María. En el seno virginal de la Inmaculada escoge a sus elegidos, entre ellos a los miembros de la Compañía de María (6-14; VD 248).
3. El Espíritu Santo con María y por ella forma a los miembros de la Compañía de María (15-25).

La *Súplica Ardiente*, por el calor que brota de ella, muestra una familiaridad íntima y sublime con cada una de las personas de la Santísima Trinidad. La Compañía de María, tal como emerge del contexto bíblico de la Súplica, es un grupo de varones apostóli-

cos, formados por María en las bienaventuranzas evangélicas, totalmente disponibles al soplo del Espíritu Santo, dispuestos y preparados para atacar, sin contemplación, las fuerzas del mal a fin de establecer en el mundo el Reinado de Dios.

SEGUNDO MOVIMIENTO: REGLAS DE LOS SACERDOTES DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Las *Reglas* son el texto fundamental que define con más realismo el papel misionero de la Compañía. El fervor místico cede el paso a las normas prácticas, sin renunciar a las orientaciones espirituales. Montfort se preocupa de delinear la espiritualidad apostólica de la Compañía. Estas son algunas de sus características esenciales:

1. Abandono a la Providencia, que significa: “dependencia de las gentes para el sustento, renuncia a las fundaciones y a la vida sedentaria”.
2. Atención preferencial a los pobres y marginados, es decir, a las categorías sociales más necesitadas de promoción humana y cristiana, como lo piden hoy Medellín, Puebla, Santo Domingo, en consonancia con el Concilio Vaticano II;
3. Primacía de la evangelización y de la catequesis, con el fin de renovar el espíritu del Evangelio entre los cristianos tibios: lo que Juan Pablo II pide a la Iglesia del Tercer Milenio en la Nueva Evangelización.

Montfort asigna a la Compañía la tarea de operar el paso de un cristianismo mágico y sociológico a un cristianismo consciente, responsable. Por eso insiste en la renovación de las promesas bautismales, apuntando a una conversión de toda la vida. Cómo no sentir pues, el eco misionero de Montfort en los viajes, y el clamor apostólico de Juan Pablo II, peregrino del Evangelio por todas las rutas del mundo: “Yo también soy monfortiano”; “Abran las puertas a Jesucristo”.

La conversación de Luis María con su amigo Blain en el otoño de 1714 proyecta un precioso rayo de luz sobre la vida del santo

misionero y sobre el sentido de las Reglas que da a los miembros de la Compañía de María. La sabiduría del misionero, del hombre apostólico, consiste en procurar la gloria de Dios a costa de la propia, en ejecutar nuevos designios. Teniendo siempre algo nuevo que emprender, es imposible que los misioneros, los hombres apostólicos, no hagan hablar de ellos. Si la sabiduría consiste en no hacer nada nuevo por Dios, en no emprender nada por su gloria, por miedo a lo que digan, los apóstoles hubieran hecho mal al salir de Jerusalén. Siendo la obediencia el sello seguro de la voluntad de Dios, no hay que apartarse de ella. Si una obra, comenzada con el consentimiento de lo superiores, deja de tenerlo, hay que someterse a las órdenes de la Providencia y aceptar de buen grado las cruces y persecuciones como corona y recompensa de las buenas intenciones. Con ello Montfort no rinde culto a la norma, sino a la voluntad de Dios.

Su deseo es que el misionero predique una doctrina segura y busque la perfección de la caridad a través de su “misión apostólica”, en la línea de su prueba heroica ante el Calvario de Pontchâteau, de su Carta a los Amigos de la Cruz, 1714, y de la peregrinación a Nuestra Señora des Ardilliers para “obtener de Dios, por intercesión de la Santísima Virgen, buenos misioneros que sigan las huellas de los apóstoles en total abandono a la Providencia y en la práctica de todas las virtudes”.

Las Reglas que dejó Montfort a los misioneros de la Compañía de María son de carácter “inacabado” porque deben ser adaptadas a los cambios de la sociedad y de la Iglesia, y completadas según los signos de los tiempos y las circunstancias nuevas de lugares, sin que varíen los principios.

Con las últimas Constituciones aprobadas, en 1984, la Iglesia implanta oficial y aún jurídicamente, la Compañía de María en el Tríptico completo, pues hasta entonces en la práctica se ignoraban la primera y la tercera parte del texto original. En 1984, la Iglesia remite a los Misioneros de la Compañía de María explícitamente a la escuela de Montfort, diciéndoles que las “normas” cambian con los tiempos, pero la vida de los Monfortianos debe

inspirarse y conformarse según las directivas y la inspiración del fundador, como lo recuerda el Concilio Vaticano II. Así el *Tríptico*, igual que sucede con los textos fundadores de las grandes Ordenes, se convierte en la *Regla fundamental* de la Compañía de María.

TERCER MOVIMIENTO: A LOS ASOCIADOS DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA: ABANDONO AL “PADRE QUE NUNCA FALLA”

La alocución *A los Asociados* es una exhortación espiritual centrada en la pobreza evangélica. La Compañía de María participa de la pobreza de Cristo, como expresión de solidaridad con las personas a quienes debe evangelizar, y de apertura confiada en la bondad del Padre y de su Providencia.

Estos acentos dejan entrever la riqueza del contenido espiritual que Montfort legó a la Compañía de María y a toda la Iglesia. La voz profética sacude nuestra mediocridad cotidiana y nos reta a vivir algunos valores evangélicos particularmente necesarios a la Iglesia que el Concilio Vaticano II declara “misionera por naturaleza”: *Ad Gentes*, y que tiene actualmente en América Latina y el Caribe la mayoría de sus miembros como testigos y apóstoles para el mundo entero.

Montfort conoció, sufrió y amó la cruz y sabe que los Monfortianos la conocerán como él. Cuando presenta a los sucesores de Poullart des Places, en 1713, su proyecto de fundación, ha bebido lo más amargo de su cáliz y soportado las más pesadas cruces. Desde París le escribe a su hermana el 15 de agosto del mismo año con indecible gozo: “Un enjambre de pecadoras y pecadores, a quienes ataco, no me da tregua ni a mí ni a los míos. Siempre alerta, siempre sobre espinas... Así estoy, sin tregua ni descanso, desde hace trece años, cuando salí de San Sulpicio. No obstante, querida hermana, bendice al Señor por mí. Pues me siento feliz en medio de mis sufrimientos, y no creo que haya nada en el mundo tan dulce para mí como la cruz más amarga, siempre que venga empapada en la sangre de Jesús crucificado y en la leche de su divina Madre”. Pero además de este gozo inte-

rior hay gran provecho en llevar la cruz... Nunca he logrado mayor número de conversiones que después de los entredichos más crueles e injustos” (C 26).

Consciente de que “los suyos” cargarán su cruz como él, les previene de no maravillarse “de las extrañas persecuciones y calumnias que se alzan y promueven contra los predicadores que han recibido el don de la Palabra eterna, como deben ser un día todos los hijos de la Compañía de María” (RM 61).

La última línea del Tríptico es una frase que no termina... La sinfonía queda pues inacabada, lo que se torna particularmente significativo. En efecto, la función de la Compañía de María no está terminada. Los Monfortianos no son todavía “como deben ser un día”. En los sabios designios de la divina Providencia, la admirable sinfonía “monfortiana” se sigue escribiendo en el tiempo y la historia de la salvación sólo terminará cuando se haya realizado la visión profética de Montfort, cuando los Monfortianos sean de verdad como deben ser un día todos los hijos de la Compañía de María. En el concierto de la Iglesia universal nuevas generaciones harán resonar los acordes y reflejarán los ecos del pensamiento fundacional de Luis María Grignon de Montfort, de su sueño profético y de su testamento espiritual de apóstol, testigo y doctor de la Sabiduría eterna encarnada en María y por ella en el mundo.

ESQUEMA DEL TRÍPTICO LA COMPAÑÍA DE MARÍA

	Nº
I. Súplica Ardiente: <i>Acuérdate, Señor</i> ,	1
Invocación al Padre	3
Invocación al Hijo	6
Invocación al Espíritu Santo	15
La Compañía de María : Conclusión	26
II. Regla de los Misioneros de la Compañía de María	1
Pobreza evangélica y Obediencia	10
Oraciones y ejercicios de piedad	28
Desprecio del mundo y caridad para con el prójimo	37
Prácticas y distribución del tiempo en las misiones	50
Reglas del catecismo	79
III. A los Asociados de la Compañía de María	

LA COMPAÑÍA DE MARÍA



SÚPLICA ARDIENTE

- 1 *Acuérdate, Señor, de tu Congregación,
que poseíste desde el comienzo (Sal 74,2).*
Tú la llevabas en la mente
y pensabas en ella desde la eternidad.
Tú la tenías en las manos,
cuando con tu palabra creaste el universo.
Tú la poseías en tu corazón cuando tu Hijo amado,
al morir en la cruz, la rociaba con su sangre,
la consagraba con su muerte
y la confiaba al cuidado de su Madre santísima.

- 2 Escucha, Señor, los designios de tu misericordia.
Suscita los hombres de tu diestra.
Aquellos que mostraste en visión profética
a algunos de tus mayores servidores,
como san Francisco de Paula, san Vicente Ferrer,
santa Catalina de Siena
y tantas otras grandes almas
del último siglo y aun del presente¹.

1. SÚPLICA AL PADRE

- 3 Dios omnipotente, acuérdate de esta Compañía.
Pon en juego la omnipotencia de tu brazo
–no menguado– para sacarla a la luz
y llevarla a su perfección.

¹ Ver VD 47-48; VD 55-59.

Renueva los prodigios, repite los portentos (BenS 36,6):
haz que sintamos la ayuda de tu brazo.
¡Oh Dios soberano, que de piedras toscas
puedes formar otros tantos hijos de Abrahán! (Ver Mt
3,9; Lc 3,8), pronuncia como Dios una sola palabra para
enviar buenos obreros a tu mies (Lc 10,2)
y verdaderos ministros a tu Iglesia.

- 4 Dios de bondad
acuérdate de tus antiguas misericordias
y gracias a ellas, acuérdate de esta congregación.
Acuérdate de las reiteradas promesas
que nos has hecho, a través de tus profetas
y de tu propio Hijo,
de escuchar nuestras justas peticiones.
Acuérdate de las plegarias
que te han hecho tus siervos y siervas
desde hace tantos siglos.
Que sus votos, sus sollozos,
sus lágrimas y su sangre derramada
lleguen hasta ti para implorar poderosamente tu
misericordia.
Pero, sobre todo, acuérdate de tu Hijo:
mira el rostro de tu Ungido (Sal 84,10).
Su agonía, su confusión y su queja amorosa
en el Huerto de los Olivos
cuando dijo: *¿qué ganas con mi sangre? (Sal 30,10).*
Su muerte cruel y la sangre que vertió
te imploran a gritos misericordia,
a fin de que por medio de esta congregación,
se establezca su imperio sobre las ruinas del de sus
enemigos.

- 5 *Acuérdate, Señor, de esta congregación,*
en los efectos de tu justicia:
Es hora de que actúes, Señor;
han quebrantado tu voluntad (Sal 119,126).
¡Es hora de realizar tus promesas!
¡Tu ley divina es quebrantada!

¡Tu Evangelio, abandonado!
¡Torrentes de iniquidad inundan toda la tierra
y arrastran hasta a tus mismos servidores!
¡La tierra entera se halla desolada! (Jr 12,11).
¡La impiedad se asienta en el trono!
¡Tu santuario es profanado
y la abominación impera hasta en el lugar santo!
(Dn 9,27; Mt 24,15).
¿Lo dejarás todo así abandonado,
Señor de la justicia, Dios de las venganzas?
¿Vendrá a ser todo, en definitiva,
como Sodoma y Gomorra?
¿Permanecerás siempre callado?
¿Seguirás soportándolo todo?
¿No es necesario, acaso, que se haga tu voluntad
en la tierra como en el cielo y que venga tu reino?
¿No has mostrado de antemano a algunos de tus
amigos
una renovación futura de tu Iglesia?
¿No han de convertirse los judíos a la verdad?
¿No espera esto la Iglesia?
¿No te piden a gritos los santos del cielo:
“¡justicia!, ¡venganza!”?
¿No te dicen todos los justos de la tierra:
Amén; ven, Señor? (Ap 22,21).
Todas las criaturas, aun las más insensibles,
gimen bajo el peso
de los innumerables pecados de Babilonia
y piden tu venida para restaurarlo todo:
La creación entera gime... (Rom 8,22).

2. SÚPLICA AL HIJO

- 6 Señor Jesús: acuérdate de tu congregación.
Acuérdate de darle a tu Madre
esta nueva compañía, para renovarlo todo por Ella
y llevar por Ella a plenitud los años de la gracia
como los has comenzado por Ella.

Da hijos y servidores a tu Madre,
que *si no, me muero* (Ver Gén 30,1).
Para tu Madre imploro.
Acuérdate de sus entrañas y de sus pechos
y no me rechaces.
Recuerda de quién eres Hijo
y escucha mi plegaria.
Acuérdate de lo que Ella es para ti
y de lo que tú eres para Ella, y colma mis anhelos.
¿Qué te estoy pidiendo? Nada en mi favor,
todo para tu gloria. ¿Qué te estoy pidiendo?
Lo que tú puedes, incluso -me atrevo a decirlo-
lo que tú debes concederme
como Dios verdadero que eres,
a quien se ha dado todo poder
en el cielo y en la tierra (Ver Mt 28,18),
y como el mejor de todos los hijos,
que amas infinitamente a tu Madre.

7 ¿Qué te estoy pidiendo?

Hombres libres:

sacerdotes ~~libres~~ con tu libertad,
desapegados de todo: sin padre, sin madre,
sin hermanos, sin hermanas,
sin parientes según la carne,
sin amigos según el mundo,
sin bienes, sin estorbos ni preocupaciones,
y hasta sin voluntad propia (Ver Mc 10,29; Lc 14,26).

8 *Hombres libres:*

esclavos de tu amor y de tu voluntad,
hombres según tu corazón,
hombres que, sin voluntad propia que
los manche o los detenga, cumplan tus designios
y arrollen a todos tus enemigos,
como otros tantos Davides,
con el báculo de la cruz
y la honda del santo Rosario en las manos (Ver I Sam
17,43).

9 *Hombres libres:*

Nubes levantadas de la tierra llenas de celestial rocío,
que vuelen sin obstáculos por todas partes al soplo del
Espíritu Santo. A ellos, en parte, veían los profetas
cuando preguntaban:

*¿Quiénes son estos que vuelan como nubes? (Is 60,8)².
Iban a donde el Espíritu los empujaba (Ez 1,12 -Vulgata).*

10 *Hombres libres:*

Hombres siempre disponibles.

Siempre ~~p~~ontos a obedecerte,
a la voz de sus superiores, como Samuel:
¡Aquí estoy! (1Sam 3,16).

Siempre prontos a correr y sufrirlo todo
contigo y por tu causa,
como los apóstoles:

Vamos también nosotros a morir con El (Jn 11,16).

11 *Hombres libres:*

Verdaderos hijos e hijas de María,
tu Madre santísima,
engendrados y concebidos por su amor,
llevados en su seno,
pegados a sus pechos, alimentados con su leche,
educados por su maternal solicitud,
sostenidos por su brazo
y enriquecidos con sus gracias³.

12 *Hombres libres:*

Verdaderos servidores y servidoras
de la santísima Virgen
que, como otros tantos Domingos,
vayan por todas partes,
con la antorcha brillante y encendida

² Ver DV 57

³ Ver VD 33

del santo Evangelio en la boca
y el santo Rosario en la mano,
que ladren como perros, quemén como brasas
e iluminen las tinieblas del mundo como soles;
y que, gracias a una auténtica devoción a María,
es decir, interior sin hipocresía,
exterior sin crítica, prudente sin ignorancia,
tierna sin indiferencia, constante sin altibajos
y santa sin presunción...⁴,
aplasten dondequiera que vayan
la cabeza de la antigua serpiente,
a fin de que la maldición que tú le lanzaste
se cumpla en totalidad:
*Pongo hostilidad entre ti y la mujer,
entre tu linaje y el suyo;
él herirá tu cabeza* (Gén 3,15⁵).

- 13 Ciertamente es, Dios soberano,
que el demonio pondrá, como lo predijiste,
tremendas asechanzas al calcañar de esta mujer
misteriosa,
es decir, de esta pequeña compañía de sus hijos,
y que habrá terribles enemistades
entre esta bendita posteridad de María
y la raza maldita de Satanás.
Pero es una enemistad totalmente divina,
la única de que tú eres autor:
Pongo enemistad: Combates y persecuciones
que los hijos de la raza de Belial⁶ desencadenarán
contra la raza de tu santa Madre
y que sólo servirán para hacer brillar más
el poder de tu gracia,
la fuerza de su virtud y la autoridad de tu Madre
a quien encomendaste desde el principio
la misión de aplastar a aquel orgulloso

⁴ Ver VD 104-105; ASE 216-217.

⁵ Ver VD 51-54.

⁶ Belial o Beliar es sinónimo de Satanás; Ver 2Cor 6,15.

por la humildad de su corazón y de su talón:
Ella te aplastará la cabeza.

- 14 *Que si no, ¡me muero!*
¿No es, acaso, preferible morir
que verte, Dios mío,
tan cruel e impunemente ofendido
y hallarme día a día en mayor peligro
de ser arrastrado por los torrentes
de iniquidad que siguen creciendo?
¡Mil muertes me serían más tolerables!
¡Envíame socorro desde el cielo o recoge mi vida!
Si no tuviera la esperanza de que tarde o temprano
escucharás a este pecador –en interés de tu gloria–
como has escuchado a tantos otros:
Si el afligido grita, el Señor lo escucha (Sal 34,7),
te pediría con un profeta en forma absoluta:
¡*Quítame la vida!* (1Re 19,4).
Pero la confianza que tengo en tu misericordia
me hace decir con otro profeta: *No he de morir;
viviré para contar las hazañas del Señor* (Sal 118,17).
Hasta que pueda exclamar con Simeón:
*Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz,
porque mis ojos han visto...* (Lc 2,29-30).

3. SÚPLICA AL ESPÍRITU SANTO

- 15 Espíritu Santo, acuérdate de producir y formar
hijos e hijas de Dios con María,
tu divina y fiel Esposa.
Tú formaste con Ella y en Ella
la Cabeza de los predestinados.
Con Ella y en Ella debes formar también
a todos sus miembros⁷.

⁷ Ver VD 20.32.

Tú no engendras a ninguna Persona divina dentro de la divinidad.
Pero sólo tú formas a todas las personas divinas⁸ fuera de la divinidad. Y todos los santos que ha habido y habrá hasta el fin del mundo son otras tantas obras de tu amor unido a María⁹.

16 El reino especial de Dios Padre duró hasta el diluvio y terminó en un diluvio de agua. El reino de Jesucristo culminó en un diluvio de sangre. Pero tu reino, Espíritu del Padre y del Hijo, continúa actualmente y culminará en un diluvio de fuego, de amor y de justicia¹⁰.

17 ¿Cuándo vendrá ese diluvio de fuego, de amor puro, que tú debes encender en toda la tierra, de manera tan suave y vehemente, que todas las naciones -los turcos, los idólatras, los mismos judíos- se inflamarán en él y se convertirán?
Nada se libra de su calor (Sal 19,7).
Que se inflame ese fuego divino, que Jesucristo vino a traer a la tierra (Ver Lc 12,49), antes de que tú enciendas el de tu cólera, que reducirá toda la tierra a cenizas:
Envía tu Espíritu y serán creadas las cosas y repoblada la faz de la tierra (Sal 104,30).
Sí, envía a la tierra tu Espíritu, que es todo fuego, para crear en ella sacerdotes totalmente de fuego,

⁸ Ver VD 20.21.

⁹ Ver VD 35.

¹⁰ La imagen de los tres diluvios se encuentra en un revelación de María de los Valles, relatada en una obra manuscrita de Renty (ms. 3177, Bibl. Mazarine), que Montfort cita en VD 47.

por cuyo ministerio
quede renovada la faz de la tierra
y tu Iglesia sea reformada.

- 18** *Acuérdate de tu Congregación:*
es una congregación, una asamblea, una selección,
un grupo escogido de predestinados
que debes formar
en el mundo y de en medio de él:
Yo los elegí de en medio del mundo (Jn 15,19).
Es un rebaño de pacíficos corderos
que debes reunir en medio de tantos lobos (Ver Lc 10,3);
una compañía de castas palomas
y águilas reales en medio de tantos cuervos;
un enjambre de abejas en medio de tantos zánganos;
una manada de ágiles ciervos
en medio de tantas tortugas;
un escuadrón de leones valerosos
en medio de tantas liebres tímidas.
¡Oh Señor, reúnenos de entre las gentes! (Sal 106,47).
Congréganos, reúnenos para que se dé gloria
a tu nombre santo y poderoso.

La nueva familia de María

- 19** Tú anunciaste esta ilustre compañía
a tu profeta que habla de ella
en términos muy oscuros y misteriosos, pero
totalmente divinos:
*Derramaste en tu heredad, oh Dios,
una lluvia copiosa;
aliviaste la tierra extenuada;
y tu rebaño habitó en la tierra
que tu bondad, oh Dios, preparó para los pobres.
El Señor pronuncia un oráculo,
millares pregonan la alegre noticia:*

*“Los reyes, los ejércitos van huyendo, van huyendo;
las mujeres reparten el botín.
Mientras reposabais en los apriscos,
las alas de paloma se cubrieron de plata,
el oro destellaba en su plumaje.
Mientras el Todopoderoso dispersaba a los reyes,
la nieve bajaba sobre el Monte Umbrío.”
Las montañas de Basán son altísimas,
las montañas de Basán son escarpadas;
¿por qué tenéis envidia, montañas escarpadas,
del monte escogido por Dios para habitar,
morada perpetua del Señor? (Sal 68,10-17).*

- 20** ¿Cuál es, Señor, esa lluvia copiosa
que has preparado y escogido
para tu heredad debilitada?
-Son esos santos misioneros,
hijos de María, tu Esposa,
que debes reunir y separar del común de las gentes
para bien de tu Iglesia
tan debilitada y manchada
por los crímenes de sus hijos.
- 21** ¿Quiénes son esos animales
y esos pobres que morarán en tu heredad
y serán alimentados en ella
con la dulzura divina que tú les has preparado?
-Son esos pobres misioneros
abandonados a la Providencia,
que rebosarán de tus delicias divinas:
son aquellos animales misteriosos de Ezequiel (Ver Ez
1,5-14),
que tendrán la humanidad del hombre
por su caridad desinteresada y bienhechora
para con el prójimo;
la valentía del león por su santa cólera
y su celo ardoroso y prudente
contra los demonios, hijos de Babilonia;
la fuerza del buey por sus trabajos apostólicos

y su mortificación corporal;
y, en fin, la agilidad del águila,
por su contemplación en Dios.
Sí, tales serán los misioneros
que tú quieres enviar a tu Iglesia:
tendrán ojos de hombre para con el prójimo,
ojos de león contra tus enemigos,
ojos de buey contra sí mismos y
ojos de águila para ti.

- 22** Siendo imitadores de los apóstoles,
predicarán con fuerza y poder tan grandes y
ostensibles,
mediante su testimonio y el vigor de su palabra,
que convertirán las almas y los corazones
en los lugares en donde prediquen.
A ellos y ellas les darás tu palabra,
tu misma boca y sabiduría,
a las que ninguno de sus enemigos podrá resistir (Lc 21,15).

- 23** Entre esos predilectos,
tú como rey de las virtudes de Jesucristo,
el Predilecto, hallarás tus complacencias,
pues ellos no tendrán en sus misiones
otra finalidad que la de darte la gloria
de los despojos que arrebatarán a sus enemigos.

- 24** Por su abandono a la Providencia
y su devoción a María,
tendrán las alas plateadas de la paloma:
es decir,
la pureza de la doctrina y de las costumbres;
y su espalda dorada:
es decir, una perfecta caridad con el prójimo
y un inmenso amor a Jesucristo
para cargar con su cruz¹¹.

¹¹ Ver VD 58

25 Tú solo, como Rey de los cielos y de los reyes,
separarás del común de las gentes
a esos misioneros
como a otros tantos reyes
para volverlos más blancos que la nieve
sobre el Monte Umbrío, monte de Dios,
monte abundante y fértil, monte fuerte y macizo,
monte en el que Dios se complace
y en el que habita y habitará hasta el fin.
¿Quién es, Señor, Dios de verdad,
ese monte misterioso del que nos dices
tantas maravillas? - Es María, tu querida Esposa,
cuyos cimientos has colocado
sobre las cumbres de las más altas montañas.
(Ver Is 2,2).

Dichosos una y mil veces los sacerdotes,
los hombres que de manera especial
has escogido y predestinado para morar contigo
en este monte abundante y divino (Ver Sal 87,1),
a fin de que se conviertan en reyes
de la eternidad por su desprecio de la tierra
y su elevación en Dios;
a fin de que se hagan más blancos que la nieve
por su unión con María, tu Esposa,
toda hermosa, toda pura e inmaculada;
a fin de que se enriquezcan allí
del rocío del cielo y la fertilidad de la tierra (Gén 27,28),
de todas las bendiciones temporales y eternas
de que María está colmada.

Desde lo alto de este monte, al igual que Moisés,
por sus súplicas ardientes, lanzarán dardos
contra sus enemigos para derrotarlos o convertirlos
(Ver Ex 17,8-13).

En este monte aprenderán
de la boca misma de Jesucristo,
que siempre mora allí, la inteligencia
de sus ocho bienaventuranzas.

En este monte divino
serán transfigurados con Él como en el Tabor,
morirán con Él como en el Calvario,
y con Él subirán al cielo
como desde el monte de los Olivos.

CONCLUSIÓN

26 *Acuérdate de tu Congregación.*

Es tuya. A ti solo toca formar,
por tu gracia, esta asamblea.
Si el hombre es el primero
en meter en ello la mano, nada se hará;
y si mezcla de lo suyo contigo,
todo lo echará a perder y lo arruinará todo.
Es tu Congregación: sí, es tu obra, Dios soberano.
Realiza tus designios totalmente divinos:
junta, reúne de todos los lugares de tu imperio
a tus elegidos para formar con ellos
un verdadero ejército contra tus enemigos.

27 Mira, Señor, Dios de los ejércitos:

los capitanes que forman compañías completas,
los potentados que organizan ejércitos numerosos,
los navegantes que equipan flotas enteras,
los mercaderes que se congregan en gran número
en ferias y mercados.
¡Cuántos ladrones, impíos,
borrachos y libertinos se reúnen
en tropel contra ti todos los días,
con tanta facilidad y presteza!
Un silbido, un redoble de tambor,
una espada embotada que muestren,
una rama seca de laurel que prometan,
un trozo de tierra roja o blanca que ofrezcan...¹²,
en tres frases: un humo de honra,

¹² Ver CT 29,38; VD 189.

un interés de nada, un miserable placer de bestias
que salte a la vista,
en momentos aglomera ladrones,
agrupa soldados, junta batallones,
congrega mercaderes, colma casas y mercados
y cubre tierras y mares
de muchedumbres innumerables de réprobos.
Quienes, aunque divididos entre sí
por las distancias geográficas,
las diferencias de temperamento
o el propio interés,
se unen, no obstante, hasta la muerte
para hacerte la guerra bajo el estandarte y dirección
del demonio.

- 28 Y por ti, Dios soberano,
aunque en servirte hay tanta gloria,
dulzura y provecho,
¿casi nadie se alistará a tu favor?
¿Casi ningún soldado se alineará bajo tus banderas?
¿Casi ningún san Miguel
gritará de en medio de sus hermanos,
con el celo de tu gloria:
¿quién como Dios?
¡Ah! Permíteme salir gritando por todas partes:
¡Fuego, fuego, fuego! ¡Socorro, socorro, socorro!
¡Fuego en la casa de Dios!
¡Fuego en las almas! ¡Fuego en el santuario!
¡Socorro que asesinan a nuestros hermanos!
¡Socorro que degüellan a nuestros hijos!
¡Socorro que apuñalan a nuestro padre!

- 29 ¡A mí los del Señor! (Ex 32,26).
Que todos los buenos sacerdotes,
esparcidos por el mundo cristiano,
estén actualmente combatiendo
o se hayan retirado ya de la pelea
a los desiertos y soledades...;
que todos esos buenos sacerdotes

vengan y se reúnan con nosotros,
¡la unión hace la fuerza!,
para que formemos bajo el estandarte de la cruz,
un ejército a banderas desplegadas
y bien ordenado para atacar de concierto
a los enemigos de Dios, que ya han tocado alarma:
*Rechinaron los dientes, bramaron,
se multiplicaron* (Sal 35,14; 69,1).
*Rompamos sus coyundas, sacudamos su yugo;
el que habita en el cielo sonrío;
el Señor se burla de ellos* (Sal 2,3-4).

- 30** *¡Se levanta Dios y se dispersan sus enemigos!
¡Despierta! ¿Por qué estás dormido,
Señor? ¡Desperézate!* (Sal 68,1; 44,24).
Levántate, Señor, en tu omnipotencia,
tu misericordia y tu justicia,
para formar una compañía escogida
de guardias personales que custodien tu casa,
defiendan tu gloria y salven tus almas,
a fin de que no haya sino
un solo rebaño y un solo pastor (Jn 10,16)
y que todos te rindan gloria en tu templo (Ver Sal 29,9).
Amén.

¡DIOS SÓLO!

REGLA DE LOS SACERDOTES MISIONEROS DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA

1. FIN PARTICULAR DE LA COMPAÑÍA

1 En esta Compañía sólo se recibe a sacerdotes ya formados en los seminarios. Por tanto, quedan excluidos de ella los eclesiásticos de órdenes inferiores hasta que hayan recibido el sacerdocio. En París hay, sin embargo, un seminario donde los jóvenes eclesiásticos que tienen vocación para las misiones en la Compañía se preparan por la ciencia y la virtud para ingresar en ella.

2 Es necesario que dichos sacerdotes hayan sido llamados por Dios a la vida misionera, en pos de los apóstoles pobres. Y no a trabajar como vicarios, dirigir parroquias, enseñar a la juventud o formar sacerdotes en los seminarios, cosa que hacen muchos otros buenos sacerdotes, llamados por Dios a estos santos oficios.

Por consiguiente, huyen de tales cargos por considerarlos contrarios a su vocación apostólica. Así podrán decir siempre con Jesucristo: *Me envió a dar la Buena Noticia a los pobres* (ver Lc 4,18). O con los apóstoles: *Cristo no me mandó a bautizar, sino a dar la Buena Noticia* (ver 1 Cor 1,17) y consideran como una sutil tentación las ocasiones, que se presentan constantemente, de ayudar a las gentes por tales medios. Ese es el cambio o desviación que han sufrido, desgraciadamente, muchas santas comunidades, establecidas en estos últimos siglos por el santo espíritu de sus fundadores para predicar misiones, y ello so pretexto de un bien mayor. Algunas se han dedicado a instruir a la juventud, otras a formar sacerdotes y eclesiásticos. Y si dan misiones todavía, lo hacen sólo accidentalmente y como de paso. La mayor parte de los miembros de estas comunidades permanecen años enteros sedentarios, por no decir solitarios, en sus casas de la ciudad o del campo. Su

lema es *Buscadores del reposo* (ver Is 38,11 –Vulgata). Mientras que el de los verdaderos misioneros –como San Pablo– es poder decir con toda verdad: *No tenemos domicilio fijo* (1Cor 4,11).

3 No se recibe a sacerdotes enfermos ni de mucha edad –es decir, de más de sesenta años–, por no ser ya capaces de soportar los combates que los misioneros, como valientes campeones de Jesucristo, deben trabar sin cesar con los enemigos de la salvación. Pero, si algún sacerdote de la Compañía viene a quedar –a causa de la edad o la enfermedad– imposibilitado de trabajar en las misiones, va a descansar a una casa que la Compañía tiene para ello.

4 Se recibe, sin embargo, a hermanos legos, para que cuiden de lo temporal. Con tal que sean desapegados de las cosas terrenas, vigorosos y obedientes, prontos a hacer cuanto se les ordene.

5 Unos y otros han de estar desprovistos de beneficios, aun simples, y de bienes temporales, aun de patrimonio. Si los tienen antes de entrar en la Compañía, dejan los beneficios en manos de los patronos, y los bienes patrimoniales a sus parientes o a los pobres, según el dictamen de un hombre prudente, cambiando así sus bienes patrimoniales por el de Dios mismo, que es el de su inagotable providencia.

6 Desligados así de todo empleo y del cuidado de todo bien temporal capaz de detenerlos o atarlos a algún lugar, se hallan disponibles para correr, como San Pablo, San Francisco Javier y los demás apóstoles, adondequiera que Dios los llame: ciudades, campos, pueblos, aldeas, cerca o lejos; siempre disponibles al llamamiento de la obediencia: *Me siento animado* (Sal 108[107],2); *Aquí estoy. He aquí que vengo* (Heb 10,7-9). Y sin decir jamás lo que tantos sacerdotes terrenos, tantos beneficiados de negocios, tantos eclesiásticos del placer, tantos huéspedes del reposo dicen todos los días a su manera: *Compré, compré.... acabo de casarme,*

etc., y por esta razón no puedo ir. Te ruego me disculpes (ver Lc 4,18ss).

7 Aunque no limitan la gracia de Dios ni su celo exclusivamente a los campos –como los misioneros de San Vicente de Paúl–, sino que van, indiferentemente, a dar misiones tanto en las ciudades como en los campos –conforme a la voluntad de Dios señalada por sus superiores–, hacen suyas, sin embargo, las más tiernas preferencias del corazón de Jesús, su modelo, que decía: *Me envió a dar la Buena Noticia a los pobres (Lc 4,18)*. Así que prefieren, ordinariamente, el campo a la ciudad, y los pobres a los ricos.

8 Para ser admitidos definitivamente en la Compañía hacen en manos del superior los votos simples de pobreza y obediencia. Y los renuevan cada año. Al cabo de cinco años no interrumpidos en la Compañía, si se sienten de veras llamados por Dios a ella y se los juzga tales, emiten los votos de pobreza y obediencia para siempre. Siendo simples estos votos, quienes los emiten podrían, por razones legítimas, obtener del obispo dispensa de ellos para salir de la Compañía. Esta, por su parte, según el derecho que se reserva a sí misma, podría despedir, aun después de los segundos votos, a uno de sus miembros si éste, a pesar de los remedios empleados con él, llega a malearse de tal modo que constituya más bien ocasión de escándalo que de edificación.

9 La Compañía no se encarga jamás de escolares ni pensionistas, eclesiásticos o laicos, aun cuando quisieran entregarle todos sus bienes.

2. DESPRENDIMIENTO O POBREZA EVANGÉLICA

10 1. No poseyendo –como se ha dicho– ni bienes, ni patrimonio, ni rentas de beneficio –cosa contraria al desprendimiento apostólico–, su único apoyo es la divina

Providencia, la cual los mantiene por quien y como le plazca.

11 2. No poseen en la Compañía dineros ni muebles en propiedad secreta o públicamente. La comunidad les proporciona todo lo necesario para el vestido y la manutención en la medida en que la divina Providencia se lo da a ésta por sí misma.

12 3. La Compañía no tiene ni puede tener en propiedad más que dos casas en el reino: una en París, para formar eclesiásticos en el espíritu apostólico; la otra, fuera de la capital, en una provincia del reino, para que los miembros de la Compañía puedan descansar cuando no tienen trabajo apostólico entre manos y terminar sus días en el retiro y la soledad después de haber dedicado los más hermosos a la conquista de las almas. La Compañía puede recibir de manos de la divina Providencia otras casas en las diferentes diócesis adonde Dios la llame. Pero aceptará solamente el usufructo de ellas, como el inquilino en una casa, o únicamente la habitación, como el forastero en una fonda. Si nadie quiere ofrecerle una casa, no la pedirá; se contentará con alquilar alguna, en el campo con preferencia a la ciudad. Pero, si alguna persona caritativa le hace donación de una casa, la Compañía consigna por escrito la propiedad de la misma al obispo del lugar y a sus sucesores, conservando para sí solamente el usufructo. El obispo y sus sucesores tienen, por tanto, plenos poderes y derechos para quitar dicha casa a los misioneros si éstos, con el tiempo, viven allí sedentarios y no cumplen sus deberes. Y pueden dedicar dicha casa a otros servicios caritativos más útiles a las gentes, aunque sin disponer de los frutos para sí mismos. En esta forma, los misioneros no quedan fijos en ningún lugar, como lo están, de ordinario, las comunidades más regulares. En cambio, quedan más sólidamente fundados en Dios sólo, abandonados siempre y sin reserva a los cuidados de su Providencia. En esta forma, las contribuciones, censos y litigios que acompañan casi necesariamente la posesión de tierras y casas no los distraerán nunca de las

tareas apostólicas. En esta forma, quedan además mejor dispuestos –como peregrinos y extranjeros que son– para no mirar las casas donde los reciben sino como albergues, de los cuales salen -una vez cumplida su misión- para correr incansablemente: *Los destiné a que se pongan en camino* (ver Sal 39[38],13; 1 Crón 29,15).

13 4. Durante la misión no pueden recibir como limosna ningún dinero de aquellos a quienes predicán la misión. Pero terminada ésta pueden recibir, a través del superior, las limosnas que por pura caridad o gratitud les ofrezcan.

14 5. Les está absolutamente prohibido, durante la misión o después de ella, pedir nada directa o indirectamente –ni dinero, ni pan, ni ninguna otra cosa–. Confían enteramente y para todo en los cuidados de la divina Providencia, que hará milagros antes que abandonar en la necesidad a quienes confían en ella. No les está prohibido, sin embargo, manifestar, en público o en privado, su precaria situación económica y sus reglas sobre el particular.

15 6. Como los religiosos de la Compañía de Jesús, celebran gratuitamente todas sus misas por aquellos y aquellas que se las pidan. Pueden encargarse hasta de una treintena, pero no más. Si les quieren dar alguna gratificación o retribución, harán que el director o el ecónomo la reciban después de la misión. El director de la misión, por su parte, no debe, ordinariamente, celebrar la santa misa sino por los bienhechores de los misioneros y de los pobres. No omitirá el hacerlo saber públicamente.

16 7. Cuando van a misionar, el director o el ecónomo lleva consigo algún dinero de limosnas, si lo hay, para ayudar a la reparación de las iglesias y alimentar a los pobres de los lugares donde misionan. En caso de que las gentes, por dureza o pobreza, no quieran darles lo necesario, pueden servirse de aquel dinero para su mantenimiento y alimentación. Industriosa economía, que, lejos de ser contraria al abandono a la Providencia, es más bien instrumento de ella

para ayudar a los misioneros y estimular a las gentes para que contribuyan a la reparación de las iglesias y a la manutención de los pobres. Además, el Señor nos dio ejemplo, teniendo bolsa común para sus necesidades y las de los pobres (ver Jn 12,6; 13,29).

17 8. Si algún sacerdote trae dinero consigo al entrar en la Compañía, lo deja todo, sin reserva, en la bolsa de la Providencia. Si, después de haber entrado en la Compañía, los parientes o amigos le dan alguna limosna o estipendios de misas sin haberlos él pedido, lo incorpora todo igualmente en la bolsa común para que se aplique a las necesidades de toda la comunidad, sin reclamar fruto alguno particular ni privilegio especial, portándose exactamente como quien no ha traído nada y a quien nada se le ha dado.

18 9. Si el misionero, antes o después de los votos, sale de la Compañía por su voluntad, sin permiso o por desobediencia formal, no puede exigir parte alguna ni indemnización por lo que ha dado como limosna a la Compañía de los pobres voluntarios. Pero, si sale contra su voluntad, por alguna falta considerable que no sea desobediencia formal, se tendrá en cuenta -al menos en parte- lo que ha dado, deducidos sus gastos.

3. OBEDIENCIA

19 1. Obedecen a sus superiores y a las Reglas enteramente, sin excepción; prontamente, sin dilaciones; gozosamente, sin amargura; ciegamente, sin razonamiento, y santamente, por Dios sólo. Lo que se dice pronto, pero es difícil de practicar, si se tiene en cuenta la fuerza de arrastre del ambiente -aun eclesiástico-, que sigue sus propios caprichos, y la corrupción de la propia voluntad, que sólo gusta de hacer lo que le agrada y porque le agrada. Y, sin embargo, esta obediencia es en esta Compañía -lo mismo que en la de Jesús- el fundamento y apoyo inquebrantable

de toda santidad y de todos los frutos que Dios produce y producirá por su ministerio.

20 2. Obedecen a su director espiritual –que es siempre de la Compañía– en el gobierno de sus conciencias, explayando ante él su corazón como el agua, con entera confianza, no haciendo ni omitiendo nada considerable sin habérselo hecho saber y sin haber recibido su aprobación o permiso.

21 3. Obedecen al superior de la Compañía en todo, grande o pequeño, prescrito o no por las Reglas, tanto si se refiere a la dedicación a sus cargos como si mira al buen orden de la Compañía.

22 4. Obedecen al obispo de la diócesis donde trabajan, a los vicarios y demás superiores eclesiásticos que hacen las veces del obispo, al cura de la parroquia en que dan la misión. Obedecen a todos los superiores en cuanto a lo exterior, al lugar, tiempo y demás circunstancias de la misión en sí mismas indiferentes, pero que vienen a ser muy saludables e importantes cuando están reguladas por la obediencia. Si un superior eclesiástico les ordena algo contrario a las Reglas más importantes o a los votos, no están obligados a obedecer. Pero, si les prohíbe, manda o simplemente aconseja con insistencia cosas en sí mismas no muy importantes, pero que no tienen costumbre de hacer u omitir, obedecen sin vacilar a ese superior, quien en tales casos hace que todo aquello sea más importante y santificador.

23 5. Cada uno cumple con fidelidad los deberes del cargo que le han confiado, sin entrometerse a conocer y supervisar los de los demás, a menos que la santa obediencia le obligue a ello.

24 6. Observan con perfecta exactitud las reglas más pequeñas de la Compañía, considerándolas a todas como la pupila de los ojos de Jesucristo. Manifestando con esta fidelidad que les guía el Espíritu Santo y no el espíritu del

mundo, ya que éste no aprecia, ni siquiera en la virtud, sino lo brillante y espectacular.

25 7. Consideran la desobediencia formal u obstinada a un superior -aun en cosas pequeñas- como la mayor falta que se pueda cometer en la Compañía y como la única, tal vez, que merece la expulsión de la comunidad, por más años o santidad que tengan.

26 8. Tienen tal estima y amor a esta divina virtud, que le sacrifican el cuerpo, la salud, la vida y todo lo demás cuando manda cosas buenas y posibles, aunque sean difíciles y amargas a la naturaleza. Por ello, cuando se dan cuenta de las faltas públicas u ocultas que han cometido por fragilidad o tentación contra esta divina virtud, se imponen inmediatamente algún castigo y piden penitencia al superior.

27 9. Pueden, sin embargo, declarar ingenua y sencillamente los motivos que tienen para no omitir o no emprender lo que se les manda. Pero si, después de haberlos manifestado, no se toman en cuenta sus razones, deben obedecer ciega y prontamente, sin preguntar por qué ni cómo. Y no solamente con obediencia de voluntad, sino, aún más, con la mente y el entendimiento, creyendo que -a pesar de sus opiniones personales- lo prohibido u ordenado por el superior es absolutamente lo mejor delante de Dios.

4. ORACIONES Y EJERCICIOS DE PIEDAD

28 1. En todo tiempo y todos los días hacen, al menos, media hora de oración mental por la mañana.

29 2. Rezan los quince misterios del santo Rosario y la coronilla de la Santísima Virgen todos los días, a horas diferentes, según les parezca más cómodo, a fin de atraer, por esta práctica venida del cielo, la bendición divina sobre sí mismos y sobre su apostolado, como lo experimentan todos los días.

30 3. Ordinariamente celebran cada día la santa misa, con la preparación conveniente antes de ella y al menos media hora de acción de gracias después de celebrarla, considerando como sutil y ordinaria tentación cuanto pueda estorbarles esta media hora de acción de gracias, porque *el que es malo consigo mismo, con quién podrá ser bueno?* (BenS 14,5).

31 4. Rezan en común el breviario –que es el romano- en cuanto los trabajos misionales se lo permitan. Si se ven obligados a recitarlo en particular, lo rezan siempre con modestia, atención y devoción ejemplares.

32 5. Dedicar todos los días, antes del almuerzo, unos quince minutos al examen particular en comunidad.

33 6. Cada mes, al volver de las misiones, hacen, al menos, un día de retiro, dedicándose en él a la oración y a la penitencia.

34 7. Durante las comidas guardan silencio, caridad, modestia y sobriedad. Si se ven obligados a hablar durante la comida, lo hacen en voz baja y con pocas palabras.

35 8. Al volver de las misiones –durante el descanso que la divina Providencia les concede y aconseja: *Vengan a un lugar apartado para descansar un poco* (Mc,6,31)–, se dedican al estudio para perfeccionarse más y más en la ciencia de la predicación y del confesonario.

36 9. La Regla no les prescribe penitencias corporales. El fervor personal, orientado por la obediencia, les dicta lo que es mejor. Guardan abstinencia solamente el miércoles y ayunan el viernes o el sábado. En estos días, la cena se reduce a una merienda.

5. DESPRECIO DEL MUNDO

37 1. No comparten las ideas del mundo, ni aman sus máximas, ni se comportan según sus modas.

38 2. Tienen como lema: *No se amolden a este mundo* (Rom 12,2). Por ello evitan, en la medida de lo posible –sin herir la caridad ni la obediencia–, cuanto sepa a espíritu mundano, como la peluca y el solideo, los manguitos y los guantes, las fajas volantes, los zapatos elegantes, las telas lujosas, los sombreros lustrosos, el tabaco en polvo o en cualquier otra forma, etc.

39 3. No condenan en forma absoluta a quienes, por bien parecer o necesidad, se sirven en el mundo de tales cosas. Pero responden a quienes les quieran inducir a ellas: *Nosotros no tenemos tal costumbre* (1Cor 11,16). Y, dado que por su ministerio hacen abiertamente profesión de combatir al mundo, anticristo y enemigo de la virtud, se alejan cuanto más pueden aun de las cosas indiferentes que poco a poco les acercarían a él: *Quien desprecia lo pequeño, se irá arruinando* (BenS 19,1).

40 4. No hacen, sin embargo, ostentación de singularidad alguna en su exterior. Según las posibilidades que la divina Providencia, su madre y nodriza, les proporcione, cuidan de vestir como los buenos eclesiásticos –y en particular como los del seminario de San Sulpicio de París–, sin usar alzacuello, ni sombrero, ni manteo, ni otro vestido distinto del de los demás.

41 5. Durante la misión no van nunca a comer a casas de particulares, excepto una o dos veces a la del párroco del lugar. Fuera del tiempo de misiones, van raras veces y con permiso expreso del superior.

42 6. No escriben ni reciben cartas sin ponerlas en manos del superior, quien las lee, si le parece bien.

43 7. En la medida de lo posible, van a pie a las misiones, siguiendo el ejemplo de Jesucristo y de los varones apóstolicos. Pero en caso de enfermedad o de grandes dificultades en los caminos utilizan sin problema los medios que les ofrezca la divina Providencia.

6. CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO

44 1. Tienen unos con otros una caridad preveniente y llena de buena voluntad, buscando las oportunidades de darse gusto unos a otros; llena de respeto, adelantándose a honrarse los unos a los otros; llena de paciencia, soportándose mutuamente los defectos.

45 2. La caridad, reina de las virtudes, es la soberana y superiora de la Compañía, a la que regirá con su cetro de oro. La caridad será la vida, vínculo y guardiana de la Compañía. El orgullo, la suficiencia y el interés personal están desterrados: *Entra, que el amor ardiente reina dentro.*

46 3. Tienen una caridad alegre y cordial para con todos, especialmente para con sus enemigos, devolviéndoles bien por mal (1Pe 3,9) y rogando a Dios durante ocho días para quienes les hayan inferido alguna injuria notable, muy lejos de quejarse de ello, murmurar o vengarse.

47 4. Cuidan con especial solicitud de los pobres, tanto durante las misiones como fuera de ellas. No les rehusan jamás la caridad corporal -si les es posible- o espiritual, aunque sólo sea el recitar por ellos un *Avemaría*.

48 5. Después de cada catequesis, dan de comer a todos los pobres de la parroquia que hayan asistido a ella. Y todos los días, mañana y tarde, sentarán a uno a su mesa.

49 6. Procuran cumplir fielmente aquellas palabras tan caritativas del gran Apóstol: *Me hice todo para todos* (1Cor 9,22), haciéndose, por caridad, todo para todos en lo

indiferente, sin caer en los modales mundanos ni relajarse en el cumplimiento de sus deberes.

7. PRÁCTICAS EN LAS MISIONES

50 1. Dan todas sus misiones abandonados a la Providencia. No aceptan fundaciones para ninguna misión, como lo hacen algunas comunidades misioneras fundadas por el rey o por particulares. Y esto por cuatro razones principales:

la primera, porque tal es el ejemplo dado por Jesucristo, los apóstoles y los varones apostólicos;

la segunda, Dios devuelve el ciento por uno desde este mundo y concede frecuentemente –como lo comprueba la experiencia– la gracia de la conversión a quienes tienen caridad con los misioneros, recompensándoles así sus limosnas: *Den, y les darán* (Lc 6,38);

la tercera, porque la caridad mutua gana y une admirablemente los corazones de los oyentes con el predicador y los misioneros: la caridad engendra caridad;

la cuarta, porque la gracia de una misión, realizada así, a cargo de la Providencia y en gran dependencia de la gente –cosa que la naturaleza orgullosa rehuye infinitamente–, es, sin comparación, más abundante y poderosa para convertir las almas que las misiones fundadas. En éstas, los misioneros se encuentran en cierta situación de superioridad e independencia que halaga el orgullo y les atrae honores, pero no les ofrece mayor gracia de Dios ni mayor amor al prójimo. Hay que haber experimentado estas dos maneras de misionar para darse cuenta de ello.

51 2. Cuando hallan a alguien tan caritativo que quiera costear él solo toda la misión, se lo agradecen, pero no aceptan la propuesta. Le ruegan solamente que les dé lo que a bien tenga durante la misión, cuando se hallen a merced de la gentes. Porque no está bien que por su caridad universal destruya el abandono a la Providencia que profesan los misioneros para el bien mismo de las gentes.

52 3. Uno o dos misioneros van -cuando les sea posible- quince días antes de la misión para anunciarla, a fin de que mediante este pregón fervoroso: 1º hagan cesar el pecado; 2º preparen el camino a Jesucristo, como lo hacían los discípulos que el Señor enviaba de dos en dos a los lugares adonde se dirigía; 3º organicen la oración, para merecer la gracia de la misión, inspirando para ello a las gentes que recen todos los días el Rosario de quince o cinco misterios. Así, cuando lleguen, lo hallarán todo bien dispuesto.

53 4. Procuran que el número de personas a quienes dan la misión sea proporcionado al número de misioneros que la predicán, porque «Quien mucho abarca, poco aprieta». Por consiguiente, no predicán la misión más que a una parroquia, si es grande, o a determinado número de pequeñas parroquias, vecinas unas de otras. Y no admiten, sino por privilegio especial del superior, a ningún feligrés perteneciente a parroquias que no estén señaladas para la misión. No quiero decir que les prohíban oír la predicación, puesto que la Iglesia y la Palabra de Dios son para todos. Pero no les atienden en confesión, para que así los feligreses de la parroquia donde trabajan se vean más santamente impelidos a confesarse, sin que puedan pretextar con fundamento que los misioneros confiesan a los forasteros antes que a los que reciben la misión.

54 5. En los días de trabajo predicán regularmente mañana y tarde, según la comodidad de las gentes a quienes tratan de ganar para Cristo. Su predicación no debe durar, de ordinario, más de tres cuartos de hora y no pasar de una hora. En los días de fiesta, además de estas dos ocasiones, predicán también en la misa mayor. Y hacia la una de la tarde dan una conferencia para instruir a los fieles.

55 6. Esta conferencia es una instrucción familiar, mediante preguntas y respuestas, sobre las verdades de la religión. Pueden exponer sucintamente un punto particular de la conferencia y dejar a otro misionero que en pocas

palabras formule preguntas prácticas y serias sobre la materia escogida. Pueden también permitir que todo el pueblo presente sus dificultades sobre esta u otra materia, con tal que el misionero que da la conferencia esté preparado para responder a todo. Esta última forma es la más arriesgada, pero también la más útil a las gentes.

56 7. La finalidad de sus misiones es renovar el espíritu del cristianismo en los creyentes. Así, pues, hacen renovar las promesas del Bautismo –conforme a la orden del Papa– de la manera más solemne y no dan la absolución ni la comunión a ningún penitente que no haya renovado antes con los demás estas promesas. Hay que haber experimentado los frutos de esta práctica para apreciar su valor.

57 8. Durante la misión establecen con todas sus fuerzas, y a través de las lecturas de la mañana, lo mismo que en conferencias y predicaciones, la gran devoción del Rosario diario. Inscriben en esta Cofradía –conforme a la autorización que tienen para ello– a cuantas personas puedan. Les explican las oraciones y misterios que lo componen, tanto de palabra como mediante cuadros e imágenes que llevan para ello. Dan ejemplo rezando, en francés y en voz alta, el Rosario de quince decenas todos los días de la misión, con el ofrecimiento de los misterios, en tres horas diferentes, a saber: cinco misterios por la mañana, durante la celebración de la Santa Misa, antes de la predicación; otros cinco al mediodía, antes del catecismo, mientras los niños se reúnen, y los otros cinco por la tarde, antes del último sermón. Este es uno de los mejores secretos venidos del cielo para irrigar los corazones con celestial rocío y hacer que produzcan los frutos de la Palabra de Dios, como lo demuestra la experiencia cotidiana.

58 9. Procuran que casi todos hagan una confesión general. Si no la necesitan, dado que sus confesiones precedentes han sido válidas, les será siempre muy provechosa por la humildad que en ella se practica; a menos que se trate de personas escrupulosas, que son raras.

59 10. No son demasiado rígidos ni demasiado indulgentes en las penitencias ni en dar la absolución. Su criterio será el de la prudencia y la verdad, que les ofrecen en detalle el «Método uniforme que los misioneros deben observar en la administración del sacramento de la penitencia para renovar el espíritu del cristianismo» y un manuscrito más extenso que tienen entre manos, intitulado el «*Veni-mecum del buen misionero*».

60 11. Siendo el ministerio de la predicación de la Palabra de Dios el más amplio, saludable y difícil de todos, los misioneros se aplican asiduamente al estudio y la oración a fin de alcanzar de Dios el don de sabiduría, tan necesario a un verdadero predicador para conocer, gustar y hacer gustar a las almas la verdad. Nada más fácil que predicar a la moda. Pero ¡qué cosa tan difícil y sublime es predicar como los apóstoles! Hablar como el sabio, *por experiencia* (Sab 7,15). O como dice Jesucristo: *de la abundancia del corazón* (Mt 12,34); haber recibido de Dios, en recompensa de los trabajos y oraciones, una lengua, labios y sabiduría a las que no pueden resistir los enemigos de la verdad: Yo les daré palabras tan acertadas que ningún adversario les podrá hacer frente o contradecirlos (Lc 12,15). Entre mil predicadores –entre diez mil podría decir sin faltar a la verdad–, apenas si hay uno que posea este gran don del Espíritu Santo. La mayor parte no tienen sino lengua, boca y sabiduría humanas. Por ello iluminan, impactan y convierten a tan pocas almas con sus palabras, aunque las tomen de la Sagrada Escritura y de los Padres, aunque las verdades que predicán estén muy bien confirmadas, probadas, ordenadas, pronunciadas y sean muy escuchadas y aplaudidas. Sermones muy bien escritos, lenguaje elegante y escogido, pensamientos ingeniosos, frecuentes citas de la Sagrada Escritura y de los Padres, gestos bien estudiados, elocuencia viva; pero ¡qué lástima! todo esto es solamente humano y natural, y por ello no produce sino fruto natural y humano. La secreta complacencia que brota de una pieza tan bien compuesta y estudiada sirve de flecha a Lucifer, el sabio orgulloso, para enceguecer al predicador.

La admiración popular, que sirve a los mundanos de pasatiempo durante el sermón y de entretenimiento en las tertulias después de él, es el único fruto de sus trabajos y sudores. Como sólo azotan el aire y no hieren más que los oídos, no hay que extrañarse de que nadie los ataque y de que el espíritu de mentira ni se mueva: *Todos sus bienes están seguros* (Lc 11,21). Dado que el predicador a la moda no ataca el corazón, que es la ciudadela donde el tirano se ha hecho fuerte, éste no se inquieta mucho por el barullo de fuera.

61 Pero que un predicador lleno de la palabra y del espíritu de Dios abra apenas la boca, y todo el infierno tocará alarma y removerá cielo y tierra para defenderse. Es entonces cuando se traba una sangrienta batalla entre la verdad, que brota de la boca del predicador, y la mentira, que sale del infierno; entre los oyentes que, por su fe, se hacen amigos de esta verdad y aquellos que, por su incredulidad, se tornan seguidores del padre de la mentira. Un predicador con este temple divino removerá, con las solas palabras de la verdad –aunque dichas con mucha sencillez–, toda una ciudad y toda una provincia, por la guerra que en ellas se levante. Lo cual no es sino prolongación del terrible combate que se libró en el cielo entre la verdad de San Miguel y la mentira de Lucifer (ver Apoc 12,7) y fruto de las enemistades que Dios mismo ha puesto entre la raza predestinada de la Santísima Virgen y la raza maldita de la serpiente (ver Gén 3,15). No hay, pues, que extrañarse de la falsa paz que cosechan los predicadores a la moda y de las tremendas persecuciones y calumnias que se alzan y promueven contra los predicadores que han recibido el don de la palabra eterna, como deben ser un día todos los hijos de la Compañía de María: *Los que evangelizan con todo empeño* (ver Sal 67,12 Vulgata).

62 12. El misionero apostólico predica, pues, con sencillez, sin artificios; con verdad, sin fábulas, ni mentiras, ni disfraces; con intrepidez y autoridad, sin miedo ni respeto humano; con caridad, sin herir a nadie, y con santidad, no mirando sino a Dios, sin otro interés que el de la gloria

divina y practicando primero él lo que enseña a los demás: *empezó Jesús a hacer y enseñar* (Act 1,1 Vulgata).

63 13. Evitan en la predicación muchos escollos en los que el demonio hace caer con frecuencia a los predicadores noveles y a algunos otros bajo pretexto de celo, como: 1º, complacerse en lo que dicen y en el fruto que alcanzan; 2º, mendigar aplausos directa o indirectamente después de la predicación; 3º, envidiar a otros al ver que son más seguidos, más patéticos, etc.; 4º, escuchar o promover murmuraciones contra otros predicadores; 5º, encolerizarse -algo que es muy fácil y natural cuando los oyentes dan ocasión para ello mientras el predicador habla-; 6º, apostrofar directa o indirectamente a un oyente nombrándolo veladamente, señalándolo con la mirada o con la mano o diciendo cosas que sólo pueden aplicarse a él; 7º, condenar continua, afectada o exageradamente a los ricos y grandes del mundo, a los magistrados u oficiales de la justicia; 8º, censurar, criticar o detallar los pecados de los sacerdotes. Todos estos excesos son reprecensibles, capaces de sublevar los espíritus y hacer perder al misionero -por santo y bien intencionado que sea- todo el fruto de la Palabra de Dios o, al menos, gran parte de él.

64 14. El buen predicador debe considerarse, al proclamar la Palabra divina, como un criminal inocente en el banquillo, donde ha de soportar, sin vengarse, los falsos juicios de todo un auditorio, frecuentemente indispuerto contra él, las censuras y malas interpretaciones que los sabios orgullosos hacen de sus palabras; las burlas, chanzas y desprecios de los impíos hacia su persona y, en fin, las calumnias de todo un pueblo. El buen predicador hará consistir la fuerza de su celo no sólo en predicar con energía, sino también en resistir todas las tormentas como una roca, sin conmovirse ni ceder, dejando a la verdad que él proclama, y que naturalmente engendra odio, el encargo de librarle de la mentira: *La verdad me hará libre* (ver Jn 8,32), y que intervendrá a su favor tarde o temprano, con tal que se le permita obrar.

65 15. En fin recuerdan que Jesucristo les envía, igual que a los apóstoles, *como corderos en medio de lobos* (Lc 10,3). Es, pues, necesario que imiten la dulzura, humildad, paciencia y caridad del cordero, a fin de transformar, por este medio tan divino, los lobos mismos en corderos.

8. DISTRIBUCIÓN DEL TIEMPO EN LAS MISIONES

66 1. Se levantan en todo tiempo a las cuatro, como los misioneros de la Compañía de Jesús y los Vicentinos, a no ser que la santa obediencia les ordene otra cosa a causa de alguna indisposición.

67 2. A las cuatro y media –si el director no les prescribe otra ocupación, como celebrar la santa misa, entonar cánticos para los fieles, hacer alguna lectura, etc–. se dedican durante media hora a la oración mental, rezan las horas menores y se preparan, en la forma acostumbrada, para la santa misa.

68 3. A las seis, poco más o menos -según la época de la misión- celebran, uno tras otro, la santa misa, siguiendo el orden señalado por el director.

69 4. Se sientan lo más pronto posible al confesonario, antes o después de la predicación, hasta las once en punto.

70 5. Predican, ordinariamente, entre las siete y las ocho de la mañana durante el invierno. En verano, entre las seis y las siete, a la hora más apropiada para las gentes.

71 6. A las once en punto, cuando el director da la señal, se levantan prontamente del confesonario, aunque la confesión que escuchan no esté terminada, para hacer juntos el examen antes del almuerzo.

72 7. Toman en silencio y en común todas las comidas, oyendo la lectura de la Sagrada Escritura o de algún buen

casuista. Sin embargo, el director puede en ciertas ocasiones, por caridad y conveniencia, hacer cesar la lectura hacia el final de la comida para hablar juntos de cosas provechosas.

73 8. Después de la oración de acción de gracias toman el recreo juntos, no retirándose sin permiso. Durante este tiempo resuelven algunos casos de conciencia, según las necesidades de los lugares donde dan la misión, sin dar a conocer a aquellos cuyos casos se resuelven.

74 9. A la una en punto terminan el recreo, rezan vísperas y completas en común y van al confesonario, si el superior no señala otra ocupación. Permanecen en él hasta las cinco de la tarde –poco más o menos–, según la época del año. En seguida vuelven a casa para rezar maitines en común.

75 10. Después de maitines cenan y toman la recreación, como al mediodía.

76 11. Después de una hora de recreo recitan la oración comunitaria, escuchan la lectura del tema de meditación y van a acostarse.

77 12. A las nueve, poco más o menos, han de estar acostados en silencio y modestamente.

78 13. Fuera del tiempo de misiones, tienen casi los mismos ejercicios. Pero se levantan a las cinco y dedican el tiempo de la predicación y de las confesiones al estudio, la oración y el retiro.

9. REGLAS DEL CATECISMO

79 1. Siendo el oficio de catequista el más importante de la misión, quien lo ha recibido por obediencia pone el mayor empeño en cumplirlo bien. De hecho, es más difícil hallar un catequista acabado que un predicador perfecto.

80 2. El catequista procura hacerse amar y temer al mismo tiempo. Pero de modo que el aceite del amor supere el vinagre del temor. Por ello, si intimida a los niños con amenazas y castigos humillantes, como un buen maestro, los anima como un buen padre con las alabanzas que les prodiga, las recompensas que les promete y distribuye y el cariño que les manifiesta. Jamás les pega ni con la mano ni con la vara. Pero si algún niño se muestra incorregible, lo envía a sus padres para que le den diez o doce azotes.

81 3. Procura con toda energía que los niños no hablen ni armen desorden durante el catecismo. Si les perdona la primera vez, la segunda les amenaza, la tercera les impone un castigo y la cuarta les envía a que les propinen los azotes que merecen.

82 4. Siendo los niños, por naturaleza, muy inclinados a reír, procura mostrarse siempre serio y no decir nada que les excite a reír a carcajadas. Puede, sin embargo, y hasta debe amenizar el catecismo -de suyo bastante árido- con modales atractivos, con salidas chistosas, con historias cortas y agradables, a fin de tener contentos con todo ello a los niños y renovar su atención.

83 5. Su gran principio será preguntar mucho a los niños, hablar muy poco mientras les pregunta y hacerles, por sí mismo o por otro misionero, una exhortación fervorosa de un cuarto de hora sobre alguna verdad fundamental al final del catecismo. En esta forma, una vez ilustrado el entendimiento por las preguntas del catecismo, el corazón de los niños quedará encendido y conmovido por esta exhortación. La experiencia enseña que de todos los métodos, éste es el más adecuado para enseñar en poco tiempo el catecismo a los niños y orientarlos hacia Dios.

84 6. Respecto al tiempo y circunstancias del catecismo, éstas son las reglas que debe observar: almuerzo a las once en punto; después del toque del Angelus de mediodía, se dirige a la iglesia; reza el Rosario en voz alta con los niños

mientras se van reuniendo; canta en seguida dos o tres estrofas de algún cántico.

85 7. En la primera y segunda clase de catecismo de la misión, hace sentar a los niños unos junto a otros, según la edad, ordenadamente, siguiendo la disposición de los nueve coros angélicos. Los niños deben guardar este orden durante toda la misión, ocupando siempre el mismo puesto, junto a los mismos compañeros. Pone a cada banco el nombre de uno de los coros de los ángeles: querubines, serafines, tronos, etcétera. Esta estrategia es maravillosa: 1º, para mantener a los niños en orden y al Dios del orden entre los niños; 2º, para que los niños estén atentos y sean asiduos en asistir al catecismo, porque el compañero tiene la obligación de avisar al catequista la ausencia del otro; 3º, para acortar el tiempo del catecismo, pues el catequista no se ve obligado a perderlo escribiendo los nombres ni pasando lista, y puede darse cuenta, de un vistazo, de quiénes faltan al catecismo y quiénes van por primera vez.

86 8. Terminado el rezo del Rosario, cuando los niños se hallan en sus puestos, comienza el catecismo, haciendo con ellos en voz alta actos de fe en la presencia de Dios, actos de esperanza, de caridad, de contrición, de ofrecimiento del catecismo a Jesucristo, de invocación del Espíritu Santo, de la Santísima Virgen y del ángel de la guarda.

87 9. En seguida hace que uno de ellos repita lo que les enseñó en el último catecismo. Formula algunas preguntas, las hace repetir a muchos, uno después de otro, según el orden en que están colocados; frecuentemente, sin decir palabra, mostrándolos sencillamente con la mano o la varita. Este método, que no fatiga mucho, permite al catequista preguntar a cuatrocientos o quinientos niños en hora y media.

88 10. El catecismo no debe durar, de ordinario más de hora y media. Terminada la exhortación, si los niños son muchos, los hace salir banco por banco, con calma y

moderación, sin consentirles los gritos y movimientos precipitados, tan ordinarios al final de las clases de catecismo.

89 11. Concluido el catecismo, conduce en filas de a dos hasta la casa de la Providencia a los pobres que han asistido a él, para darles de comer en silencio y compostura. Mientras comen les hace alguna lectura o les pregunta todavía acerca del catecismo, puesto que está más obligado con los pobres que con los ricos.

90 12. El catequista es responsable de la preparación intelectual de los niños escogidos para la primera comunión. Para ello debe observar las reglas que le están prescritas, a saber: 1º, instruirlos bien; 2º, hablar con los padres de familia; 3º, examinarlos cuidadosamente acerca de lo aprendido; 4º, asegurarse de que los confesores les hayan dado la absolución mediante una contraseña que éstos deben dar a los que han absuelto y no a los otros, para que con estas precauciones y muchas otras se evite que los niños comulguen indignamente, arrastrados instintivamente por el ejemplo de sus compañeros y las sugerencias del maligno.

91 13. Ordinariamente no utiliza sino el «Catecismo abreviado de los misioneros», mediante el cual los niños, en siete breves lecciones, pueden aprender cuanto es necesario para la salvación. Digo «ordinariamente» porque, si el cura de la parroquia donde se hace la misión tiene bien instruidos a los niños y les ha enseñado un catecismo concebido en otros términos, el misionero debe igualmente servirse de él para no embrollar las ideas de los niños, que aprenden más de memoria que al sentido.

A LOS ASOCIADOS DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA

1 *No temas, pequeño rebaño, porque tu Padre se ha complacido en darte el reino (Lc 12,32). No temas, aunque, naturalmente, tengas todos los motivos para temer. No eres más que un débil rebaño, tan pequeño que hasta un niño lo puede contar (Is 10,19). En cambio, las naciones, los mundanos, los avaros, los voluptuosos, los libertinos, se juntan a millares para hacerte la guerra con sus burlas, sus calumnias, sus desprecios y violencias: Se levantan los reyes de la tierra y sus jefes conspiran (Sal 2,2).*

2 Tú eres pequeño; ellos son grandes.
Tú, pobre; ellos ricos.
Tú no tienes crédito; ellos cuentan con el apoyo de todos.
Tú eres, débil; ellos tienen el poder en su mano.

Pero, una vez más, *no temas*; sí, no temas voluntariamente. Escucha a Jesucristo, que te dice: *Soy yo; no temas (Lc 24,36). Yo te elegí (Jn 15,16). Yo soy tu buen pastor. Yo te reconozco como oveja mía (ver Jn 10,14). No te extrañes de que te odie el mundo (1Jn 3,13).. Sepan que primero me odió a mí (ver Jn 15,18). Si fueses del mundo, el mundo te amaría como cosa suya; pero porque no eres del mundo (ver Jn 15,19), tienes que padecer su odio, sus calumnias, sus injurias, sus desprecios, sus ultrajes.*

3 *Yo soy tu protector (Gén 15,1) y tu defensa, pequeña Compañía, te dice el Padre eterno; te tengo grabada en mi corazón y escrita en mis manos (ver Is 49,16) para amarte y defenderte, porque has colocado tu confianza en mí y no en los seres humanos, en mi Providencia y no en el dinero. Yo te libraré de los lazos que te tienden, de las calumnias que te levantan, de los terrores de la noche y de las tinieblas*

que te aterran; de los asaltos del demonio de mediodía, que busca seducirte; yo te esconderé bajo mis alas; yo te llevaré sobre mis hombros; yo te alimentaré a mis pechos; yo te armaré con mi verdad, y en forma tan poderosa que verás con tus propios ojos caer a tus enemigos a millares en torno tuyo: mil malvados pobres a tu izquierda y diez mil ricos malvados a tu derecha, sin que a ti se acerque siquiera mi venganza.

Caminarás valientemente sobre el áspid y el basilisco envidioso y calumniador; pisotearás al león y al dragón impío, soberbio y orgulloso; yo te acompañaré en los sufrimientos; yo te escucharé en tus oraciones; yo te libraré de todos tus males; yo te glorificaré con la plenitud de mi gloria, que te manifestaré abiertamente después de haberte colmado de días y bendiciones sobre la tierra (ver Sal 91[90]).

4 Estas son, querida y pequeña Compañía de María, las promesas admirables que Dios te hace por boca del profeta, con tal que por María pongas toda tu confianza en El. Abandonados como están todos a su Providencia, a Dios toca sostenerlos, multiplicarlos y decir: *Sean fecundos y multiplíquense y llenen la tierra* (Gén 1,28). No teman, pues, su pequeño número. A Dios toca defenderlos: no teman pues, a sus enemigos. A Dios toca vestirlos, alimentarlos y mantenerlos: no teman, pues, que les falte lo necesario en estos críticos tiempos, que lo son solamente por falta de confianza en Dios (ver Mt 6,26-34). A Dios toca glorificarlos (ver Sal 91[90],15). No teman, pues, que nadie les quite su gloria. En una palabra: no le teman a nada y descansen seguros sobre el seno paternal de Dios.

5 Pero poco es no temer nada. Dios quiere que esperen de El grandes cosas y que esta esperanza les colme de alegría. Este riquísimo y bondadosísimo Padre quiere darles el reino de su gracia (ver Lc 12,32). Ustedes son reyes y sacerdotes de Dios: *Hiciste de ellos el reino de nuestro Dios y sus sacerdotes* (Apoc 5,10), por su carácter de cristianos y de

sacerdotes. Pero reinas, además, por tu pobreza voluntaria: *Felices los que tienen espíritu de pobre, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3). El Señor no les dice solamente que obtendrán el reino de los cielos, sino que, teniendo espíritu de pobre, ya lo poseen. ¿Cómo?

6 1º Porque así como en el cielo no hay necesidad de nada de lo que existe sobre la tierra, sino que se rebosa de bienes espirituales y eternos y se posee plenamente a Dios, del mismo modo los pobres voluntarios como tú, no necesitan nada sobre la tierra, porque no quieren ni desean nada -de lo contrario, no tendrían espíritu de pobre- porque, como dice el sabio, *como son el espíritu y el corazón del pobre, así son sus riquezas* (BenS 38,20). Si su corazón está contento, es rico y no le falta nada.

7 2º Porque los que tienen espíritu de pobre son ricos en la fe y en las demás virtudes: “Es sobradamente rico el que tiene espíritu de pobre con Jesucristo”, dice San Jerónimo. Es rico en consuelos divinos: *Tú preparaste, ¡oh Dios!, tus bienes a los menesterosos* (Sal 68 [67],11). Al no ser herido por las espinas de los ricos ni por el deseo de las riquezas y al privarse como un rey del cielo de las dulzuras terrestres y carnales, rebosa de consuelos divinos: *Ofrece manjar de reyes* (Gén 49,20). Más aún, ya es rico con la gloria del cielo, aunque su cuerpo no esté allí todavía. Oro es lo que vale oro. Del mismo modo, lo que vale el cielo podemos decir que es el cielo. ¿Qué vale tener espíritu de pobre? El reino de los cielos, la gloria de los cielos.

8 3º El que tiene verdadero espíritu de pobre, posee al mismo Dios en su corazón. “¿Hay, acaso, algo más glorioso para el ser humano que vender sus bienes y comprar a Cristo?”, pregunta San Agustín. ¡Oh dichosa venta! ¡Oh dichosa compra! *No conoce el ser humano su valor* (Job 28,13). Sepan, queridos hermanos, que ningún ser humano conoce el precio de su pobreza evangélica: “Rica es realmente la pobreza cristiana, pues más es lo que tiene que lo que no posee; ni teme sufrir la miseria en este mundo aquel a quien

fue dado poseerlo todo al poseer al Dueño de todo cuanto existe”¹³.

9 Para acrecentar el tesoro de su pobreza y el gran reino que han conquistado, observen estas tres prácticas: 1ª Aprecien y amen tiernamente la pobreza real y afectiva que han abrazado; nadie se hace rico con más facilidad ni sabe emplear mejor las riquezas, dice un sabio obispo, que el que tiene verdadero espíritu de pobre, pues sabe que las riquezas no sirven sino para hacer pobres y miserables a quienes, poseyéndolas, las aman, y que hacen verdaderamente ricos y felices a quienes se deshacen de ellas con santo y glorioso menosprecio: “Las riquezas convierten en pobres y miserables al que las ama; en dichoso y rico al que por Cristo las desprecia”¹⁴. No se vuelvan, pues, a mirar el patrimonio o el beneficio que han dejado: *El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el reino de Dios (Lc 9,23)*. Ni miren hacia los lados, con envidia, tantos bienes, eclesiásticos o no, que pudieran ciertamente poseer como tantos otros, *cuya vista despierta las pasiones de los insensatos (Sab 15,5)*.

10 2ª Experimenten voluntariamente las consecuencias de la pobreza. A saber: 1º el trabajo, no comiendo el pan sino con el sudor de la frente, en la predicación y en el confesonario; 2º las humillaciones y desprecios de que son objeto, ordinariamente, los eclesiásticos pobres; 3º las demás incomodidades que acompañan a la pobreza, en los vestidos, la comida, la habitación, las fatigas y los viajes.

11 3ª Anhelen sin cesar los bienes eternos y golpeen a la puerta de la misericordia de Jesucristo, que reconoce y oye ciertamente a todos los que van vestidos con la librea de su pobreza. El que tiene verdadero espíritu de pobre, mira al

¹³ Ideas similares, aunque no textuales, en SAN AGUSTÍN, *Serm.* 78: PL 38,492; *Serm.* 85: PL 38,521

¹⁴ HUMBERTO DE ROMANS, *Epistola de tribus votis substantialibus religionis*